

Si se hubiera verificado este ceremonial hace medio siglo, in-  
dudablemente serían las edificaciones que hoy a profusión se  
componen esta ciudad de un pueblo de familias, en derredor de  
las cuales se agrupaba lo que los antiguos Romanos llamaban  
"ciudadela". A todos unían los lazos de la parentela, de la tra-  
dición y, sobre todo, de la religión y de las comunes creencias.  
Entonces, sin más que decirse que se iban a dar algunas obras in-  
terpretaciones, podía el orador dirigirse sin vacilar a la im-  
gen de nuestra excelentísima Patrona, y tributarle el homenaje de su  
fe y de su amor con esos dulces epítetos y ternas repeticiones  
tan usadas por los santos, especialmente en la eclesiástica España.

Hoy todo ha cambiado, y se precisan empujar recordando las  
palabras del Excmo. Sr. D. Juan de los Rios, cuando se constata  
que el Sr. D. Juan de los Rios, en uno y otro lado del Testamento,  
preciso es recordar que los santos que los santos ante las im-  
ágenes de los santos, a guisa de idólatras que se figuran que el  
mármol o la madera pueden sacoscharlos. Las personas delante de  
los ojos para evitar distracciones en nuestra iglesia. Y para  
que más vivamente presenten a nuestra imaginación los héroes de  
fealdades cuyo retrato son, o se ha procurado que sean.

En este sentido la Iglesia, desde que nació del costado adre-  
to del Salvador, ha autorizado el culto de las imágenes. De igual  
manera, como en la antigua Ley el templo de Jerusalén era el lu-  
gar escogido por el Señor para que se congregaran sus hijos, así  
en el Nuevo Testamento ha señalado ciertos santuarios para que  
en ellos sea venerado su nombre con culto más especial. Y se ad-  
re con más fervor a su Santísima Madre.

Quéntase de Miguel Ángel, que al terminar la estatua del Moisés  
que había labrado en cincel divino, se quedó extasiado con-  
templando la obra de sus manos. Admiró de pies a cabeza su obra,  
maestría y al ver brillar aquellos ojos, a pesar de su diáspora,  
y flotar al aire la barba, cuando de mármol y entreabría los  
labios como para darle las gracias, no pudo contenerse, y dando  
le un golpecito con el martillo: "habla", le dijo, "habla", y  
este "habla" sigue resonando a través de los siglos.

Lo que hizo Miguel Ángel con el hijo favorito de su genio in-  
mortal, repite el cristiano cada día con las imágenes predilec-  
tas de su feina y Señora María Santísima. Todas las representaciones  
figuran perfectas; pero unas son más perfectas que otras, y algunas tie-  
nen mayores recursos; como sucede, por ejemplo, tratándose de  
retratos profanos, con la miniatura de la madre querida, que ha-  
redamos de un padre y le arrancamos de su pecho el corazón para  
siempre los ojos.

En este sentido, pues, e imitando a Miguel Ángel ante su Moisés,  
se, yo apostrofo a la imagen que acabamos de coronar. Y le di-

go: "habla". Dinos quién te labró, dónde has estado los mil años  
que tienes de existencia, cómo atravesaste los mares y fijaste -  
tu trono en estas montañas. "Habla": dinos siquiera algunas de -  
las innumerables gracias que el Señor ha concedido a los fieles -  
que cobijabas con tu manto.

No sabemos de fijo quién fué el escultor que cinceló este her-  
moso retrato de la Virgen Santísima. La tuvo a ella misma por mo-  
delo, o es copia de alguna de las obras de San Lucas? Vino de --  
Roma, o de Constantinopla, o se esculpió por ventura en la Espa-  
ña de los Godos?

Lo que sabemos es que ya era venerada en Elvira, o Ilíberis, -  
mucho antes de la conquista musulmana. Quizá presidió el famoso -  
Concilio Iliberitano. Quizá su hermoso rostro templó la severi-  
dad de aquellos austeros varones, que mártires ellos mismos y --  
confesores esforzados de la fe, habrían querido infundir a todos  
contra la Idolatría la misma fortaleza y el mismo brío, como nos  
descubren los decretos del Sínodo.

Como quiera que sea, al desbordarse el torrente Agareno sobre  
la España de Don Rodrigo, corrió la misma suerte que la imagen -  
regalada por San Gregorio a San Isidoro, y otras muchas estatuas,  
que los vencidos cristianos consideraban sus más ricas joyas. --  
Las llevaron lo más lejos que les fué posible, del teatro de las  
sangrientas batallas. Huyeron fuera de las ciudades, se remonta-  
ron por las sierras más escarpadas, y las sepultaron en profun-  
das cuevas, donde los moros no pudieran profanarlas.

No sabemos con precisión adónde llevaron a nuestra venerada -  
Patrona; pero podemos presumir que fué a alguno de los picos de  
la gloriosa Sierra Nevada, sobre la cual pudiera velar sobre sus  
devotos de Elvira.

Ay! Sólo pudo presenciar la destrucción de esta ciudad cris-  
tiana, y la fundación de la que en su lugar y no lejos de ella, -  
se elevó y fué la joya del Imperio musulmánico español: la encanta-  
dora Granada.

La visitaron en su escondite sus antiguos devotos? Acudieron -  
en piadosas romerías, a pedir fuerza para los combates por la re-  
ligión y por la patria? Muy poco tuvieron que durar tales pere-  
grinaciones; y el Patrocinio de María a los confesores y márti-  
res de la Bética, tuvo que ser como el de Esther a los Judíos, -  
espontáneo, gratuito, no implorado ni sugerido.

El grito de guerra de Covadonga apenas repercutió en las altu-  
ras de la Sierra Nevada; pero poco a poco fué acercándose el so-  
nido de los clarines cristianos, y después de siete siglos reso-  
naron ya distintamente los himnos de triunfo, en las márgenes --  
del Genil y del Darro.



... "habla". Dinos quien te labro, donde has estado los mil años  
que tienes de existencia, como atravessaste los mares y fijaste  
tu trono en estas montañas. "Habla": Dinos algunas de  
las innumerables gracias que el Señor ha concedido a los fieles  
que cobijabas con tu manto.

No sabemos de ti quien fue el escultor que cinceló este her-  
moso retrato de la Virgen Santísima. La tuvo a ella misma por mo-  
delo, o es copia de alguna de las obras de San Lucas? Vno de --  
Roma, o de Constantinopla, o se esculpido por ventura en la Espa-  
ña de los Godos?

Lo que sabemos es que ya era venerada en Egipto, o Libia, o  
mucho antes de la conquista musulmana. Quizá presidió el famoso  
Concilio de Nicea. Quizá en hermosos templos de la severa  
había de aquellos santos varones, que mártires ellos mismos y --  
confesores esforzados de la fe, habrían querido fundir a todos  
contra la idolatría la misma fortaleza y el mismo brío, como nos  
describen los decretos del sínodo.

Como quiera que sea, al desbordarse el torrente Agareno sobre  
la España de Don Rodrigo, corrió la misma suerte que la imagen  
regalada por San Gregorio a San Leobaro, y otras muchas estatuas  
que los venidos cristianos consideraban sus más raras joyas. --  
Las llevaron lo más lejos que les fue posible, del teatro de las  
sangrientas batallas. Hubieron fuera de las ciudades, se remonta-  
ron por las sierras más escarpadas, y las sepultaron en profun-  
das cuevas, donde los moros no pudieran profanarlas.

No sabemos con precisión dónde llevaron a nuestra venerada  
Patrona; pero podemos presumir que fue a alguno de los picos de  
las Sierras Nevadas, sobre la cual pudiera velar sobre sus  
devotos de Egipto.

Aquí sólo pudo presentarse la destrucción de esta ciudad cris-  
tiana, y la fundación de la que en su lugar y no lejos de ella,  
se elevó y fue la joya del Imperio musulmán español: la encanta-  
dora Granada.

La visitaron en su escondite sus antiguos devotos? Acudieron  
en pidiendo romerías, a pedir fuerza para los combates por la re-  
liberación y por la patria? Muy poco tuvieron que ganar tales pere-  
grinaciones; y el patrocinio de María a los confesores y márti-  
res de la Betica, tuvo que ser como el de Esther a los judíos,  
espontáneo, gratuito, no impetrado ni solicitado.

El grito de guerra de Covadonga apenas repercutió en las alti-  
ras de la Sierra Nevada; pero poco a poco fue acrecentándose el co-  
nito de los cristianos cristianos, y después de siete siglos tras-  
curridos ya distatamente los himnos de triunfo, en las márgenes --  
del Genil y del Darro.

Fué entonces, oh imagen venerada, cuando saliste de la cueva-  
que más de setecientos años te había ocultado? A qué Gil Corde-  
ro, o a qué Juan Diego apareciste, como las Guadalupe de uno y  
otro hemisferio, anunciándole tu paradero y los designios de la  
Providencia sobre los templos que te habían de albergar? No lo -  
sabemos; pero en toda probabilidad, ya te hallabas en poder de -  
los cristianos, cuando los Reyes Católicos establecieron el cer-  
co en derredor de Granada. De seguro que ya te elevabas sobre al-  
gún altar portátil, en alguna capilla provisoria, cuando las tien-  
das de Isabel y Fernando, y todo el campamento, se incendiaron -  
con grave riesgo de que los sitiados se aprovecharan de la catás-  
trofe, para pasar a cuchillo las huestes de Isabel.

Tú no lo permitiste, oh Virgen Sacrosanta! antes bien inspi-  
raste a los cristianos valor, constancia y energía, para cons-  
truir una ciudad fortificada en toda buena forma, donde antes só-  
lo se levantaban frágiles tiendas. Como por encanto se abrieron  
en un instante cimientos y fosos, se levantaron murallas, se --  
construyeron fortalezas, se edificaron palacios y casas, y en po-  
cos meses quedó terminada la ciudad de Santa Fe, con sus dos "a-  
venidas" que la intersectaban en forma de cruz, y numerosas ca-  
lles y plazas. Esta construcción de una ciudad frente a Granada,  
fué para los cristianos más fructífera que cien batallas campa-  
les, e infundió a los enemigos pavor y desaliento.

Desde entonces ya podemos trazar la historia de la venerada -  
efigie que tenemos delante sin recurrir a conjeturas y adivinan-  
zas. Allí ya sabemos que se le erigió un templo y un altar; y --  
que se empezó a considerarla como el paladión que defendió a la  
nueva ciudad, sin permitir que la hollaran ni un instante los mu-  
sulmanes. Esta es una gloria que no cupo en suerte a ninguna o-  
tra ciudad de la península Ibérica, y es todavía el mayor blasón  
de sus habitantes.

Cayó, por fin, Granada, y con ella el último baluarte del Is-  
lamismo en España. Muchos de los castellanos que habían seguido-  
las banderas de Isabel y Fernando se establecieron en Andalucía.  
A otros, aun de sus mismos hermanos, parecieron estrechos los ho-  
rizontes del antiguo continente, y siguieron a través del Océano  
el camino que Colón acababa de abrir. Así se explica que los mis-  
mos apellidos oriundos de Castilla, que prevalecen en Andalucía,  
en donde no tuvieron su origen, se encuentran igualmente entre --  
nosotros. Así se explica que el mismo nombre de Santa Fe, que se  
dió a la vencedora de Granada, sea el nombre de la ciudad en que  
nacimos, y cuyo recinto nos alberga.

Pero, sobre todo, así se descifra el misterio de la venida a-  
este nuevo mundo y a estas montañas en particular, de una imagen  
tan antigua y tan venerada, que no habrían alcanzado a comprar -  
todos los tesoros de nuestras minas. No pudieron estar sin su --  
"paladión" los antiguos habitantes de Santa Fe de Granada. Gran-  
de consuelo era el haber dado ese nombre al real de minas cuyo -



... Por entonces, en imagen venerada, cuando saliste de la cueva...  
que más de setecientos años te había costado? A qué Gil Gordo...  
ro, o a qué Juan Diego apretaste, como las Guadalupe de uno y...  
otro hemisferio, anunciándote tu paradero y los gestos de la...  
Providencia sobre los templos que te hablan de albergar? No lo...  
sabemos; pero en toda probabilidad, ya te hallabas en poder de...  
los cristianos, cuando los Reyes Católicos establecieron el cor...  
do en derredor de Granada. De seguro que ya te elevabas sobre el...  
gran altar portátil, en alguna capilla provisoria, cuando las tin...  
das de Isabel y Fernando, y todo el campamento, se incendiaron...  
con grave riesgo de que los atidos se aprovecharan de la está...  
tute, para pasar a cuchillo las huertas de Isabel.

... En no lo permitiste, oh Virgen sacrosanta! antes bien inap...  
taste a los cristianos valor, constancia y energía, para cona...  
twir una ciudad fortificada en toda buena forma, donde antes se...  
lo se levantaban ligeras tiendas. Como por encanto se abieron...  
en un instante cimientos y bases, se levantaron murallas, se...  
construyeron fortalezas, se edificaron palacios y casas, y en po...  
cos meses quedó terminada la ciudad de Santa Fe, con sus dos "ve...  
veritas" que la interesaban en forma de cruz, y numerosas ca...  
lles y plazas. Esta construcción de una ciudad frente a Granada...  
fue para los cristianos una fructífera que cien batallas campa...  
les, e inmundó a los enemigos pavor y desaliento.

Desde entonces ya podemos trazar la historia de la venerada...  
érgica que tenemos delante sin recurrir a conjeturas y edivina...  
as. Allí ya sabemos que se le erigió un templo y un altar; y...  
que se empezó a considerarla como el paladín que defendió a la...  
nueva ciudad, sin permitir que la holieran ni un instante los m...  
almanes. Esta es una gloria que no cupo en suerte a ninguna o...  
tra ciudad de la península Ibérica, y se la otorga el mayor plaso...  
de sus habitantes.

... Cayó, por fin, Granada, y con ella el último baluarte del is...  
lamlamo en España. Muchos de los castellanos que habían seguido...  
las banderas de Isabel y Fernando se establecieron en Andalucía...  
A otros, sus mismos hermanos, parecieron estrechos los ho...  
rizontes del antiguo continente, y algunos a través del Océano...  
el camino que Colón buscaba de salir. Así se explica que los mis...  
mos apellidos oriundos de Castilla, que prevalecen en Andalucía...  
en donde no tuvieron su origen, se encuentran igualmente entre...  
nosotros. Así se explica que el mismo nombre de Santa Fe, que se...  
dio a la vencedora de Granada, sea el nombre de la ciudad en que...  
nacimos, y cuyo recinto nos alberga.

... Pero, sobre todo, así se describe el misterio de la veriga a...  
este nuevo mundo y a estas montañas en particular, de una imagen...  
tan antigua y tan venerada, que no habrían alcanzado a comprar...  
todas las tesoros de nuestra mina. No pudieron estar sin su...  
"paladín" los antiguos habitantes de Santa Fe de Granada. Gran...  
de consuelo era el haber dado ese nombre al rosal de misa cuyo...

apellido indígena no sabían (ni sabemos) pronunciar. Pero al fin  
y al cabo, no era más que la "sombra de un nombre" y mientras no  
viniera a reinar al Nuevo Mundo la patrona de la antigua Santa -  
Fe, no podían estar en paz los religiosos pobladores. Se movie--  
ron, hablaron, gastaron sin tasa, y la imagen que había sido te--  
rror de los moros, atravesó el Océano, y vino a colocar su trono  
entre nuestros montes.

Salve, oh Reina y Madre nuestra, Madre de Misericordia! Con --  
qué podremos pagarte tanta bondad, tamaña dignación? Desde que --  
sentaste tus reales entre nosotros, ni un solo día ha faltado tu  
protección y amparo. "Santa Fe" se llama nuestra ciudad, y fiel--  
a su nombre, ha sabido conservar la Fe Católica los cuatro si---  
glos que lleva de existencia. Testigo son los templos no edifica--  
dos ayer, que se levantan majestuosos entre nuestros montes: tes--  
tigos son los templos vivos de Dios que se elevan en nuestros co--  
razones.

Aquí no tuvo que prestarnos auxilio contra el Mahometismo co--  
mo a los conquistadores de Granada; ni aun siquiera contra el pa--  
ganismo, como a los conquistadores de Méjico, o de Michoacán. Pe--  
ro fué preciso que nos protegiera con todo su excelso poder, --  
contra un enemigo mucho más terrible, porque se albergaba en el--  
seno de nuestros montes, porque corrían nuestros mayores tras él,  
con afán, con ligereza, con tenacidad, y no para destruirlo, si--  
no para abrazarlo, para atraerlo a sus hogares, para identificar  
se con él, para hacerlo su soberano y señor. Este enemigo formi--  
dable eran las riquezas; las riquezas proverbiales de este dis--  
trito; el oro y la plata que a torrentes han vertido nuestras mi--  
nas inagotables mientras el oro y la plata han tenido valor en --  
el mundo.

En la parábola del sembrador, nos representa N.S. Jesucristo a  
las espinas, ahogando la simiente de la palabra de Dios; y al ex--  
plicarla a sus discípulos les declara que estas espinas tan per--  
judiciales son las riquezas. Cómo! exclamó San Gregorio Magno, --  
espinas las riquezas! Jamás me hubiera yo aventurado a propone--  
ros semejante interpretación, si el mismo Jesucristo no me lo hu--  
biera enseñado. Sí, las riquezas son espinas que desgarran el al--  
ma con torcidos pensamientos, y la conducen al pecado, y la lle--  
nan de sangre, y no paran hasta darle la muerte. Con razón Salo--  
món pide al Señor en los Proverbios que no le dé riquezas: "divi--  
tias ne dederis mihi", no sea que engreído con la abundancia, (A--  
ñade), me mueva a negarte, y exclame: "quién es el Señor?"

Tal habría sido la suerte de nuestros padres sin la protec---  
ción de Nuestra Reina y Señora. No hay ya quien haya presenciado  
las "tormentas de plata" (si así puedo expresarme), que en los --  
siglos XVII y XVIII salieron de las profundidades que nos rodean,  
y con más rapidez que las cenizas del Vesubio o la lava del Et--  
na, inundaron el universo entero. Pero sí hay quien recuerde, y--  
yo entre ellos, los "estratos" de las "bonanzas" del siglo pasa--



apellido indígena no sabían (ni sabemos) pronunciar. Pero al fin y al cabo, no era más que la "compra de un nombre" y mientras viviera a reírse al Nuevo Mundo la patria de la antigua Gata -- se no podían estar en paz los religiosos pobladores, de modo -- ron, hablaron, gastaron sin tasa, y la imagen que había sido -- rror de los montes, atravesó el océano, y vino a colarse en -- entre nuestros montes.

Salve, oh Reina y Madre nuestra, Madre de Misericordia! Con -- que podamos pagar tanta bondad, tanta dignidad! Desde que -- sentaste tus reales entre nosotros, ni un solo día ha faltado tu -- protección y amparo. "Santa Fe" se llama nuestra ciudad, y fiel -- a su nombre, ha sabido conservar la Fe Católica los cuatro si -- glos que lleva de existencia. Testigo son los templos no edifica -- dos ayer, que se levantan majestuosos entre nuestros montes: tes -- tigos son los templos vivos de Dios que se elevan en nuestros co -- rrales.

Aquí no tuvo que prestarme auxilio contra el Maligno como -- me a los conquistadores de Granada; ni aun alquiere contra el pa -- ganismo, como a los conquistadores de México, o de Michoacán. Pa -- ro fue preciso que nos protegiera con todo su excelso poder, -- contra un enemigo mucho más terrible, porque se albergaba en el -- seno de nuestros montes, porque cortan nuestras majestades él -- con sus alas, con ligereza, con tenacidad, y no para destruirlo, si -- no para apresarlos, para atraerlos a sus hogares, para identificar -- se con él, para hacerlo su soberano y señor. Este enemigo formi -- dable era la riqueza; las riquezas prohibidas de este día -- trito; el oro y la plata que a torrentes han vertido nuestros ma -- nos inagotables mientras el oro y la plata han tenido valor en -- el mundo.

En la parábola del sembrador, nos representa N. S. Jesucristo a -- las espinas, ahogando la estirpe de la palabra de Dios; y al ex -- plicarla a sus discípulos les declaró que estas espinas tan per -- judiciales son las riquezas. ¿Cómo exclamó San Gregorio Magno, -- espinas las riquezas! Jamás me hubiere yo aventurado a proponer -- que semejante interpretación, si el mismo Jesucristo no me lo hu -- biera enseñado. Si las riquezas son espinas que bastan a la -- ma con todos pensamientos, y la conducen al pecado, y la lle -- van de sanctorum, y no paran hasta darle la muerte. Con razón Sa -- lon pide al Señor en los Proverbios que no se de riquezas: "divi -- tias ne decipiat mihit", no sea que engañado con la abundancia, (A -- bade), me lleve a neciter, y exclama: "¿dónde es el Señor?"

Tal habría sido la suerte de nuestros padres sin la protec -- ción de Nuestra Reina y Señora. No hay ya quien haya presentado -- las "tormentas de plata" (al mal uso de las riquezas), que en los -- siglos XVII y XVIII se vieron en las protuberancias que nos rodean -- y con más rapidez que las cenizas del Vesuvio o la lava del Et -- na, inundaron el universo entero. Pero si hay quien recuerde, y -- vo entre ellos, los "estrados" de las "bonanzas" del siglo pas --

do. Oh Dios! Cómo rodaban en manos de todos la plata y el oro. -- Mientras más se desparramaba más crecía la abundancia; y parecía -- también que con cada "peso", con cada "doblón", se desarrollaba -- un nuevo vicio, se inventaba un nuevo pecado, que clamaba al cie -- lo por venganza. Aún recuerdo las misiones en las calles y en -- las plazas, que excitaban a la penitencia. Aún recuerdo las pro -- cesiones de disciplinantes, que con su sangre pretendían aplacar -- la ira divina. Todo en vano! Mandó Dios mismo, al que no sé qué -- ingenio ha denominado el "más elocuente misionero", el cólera -- morbo. Pero en vano enriqueció los cementerios con "bonanza" de -- incontables cadáveres. También de la peste se burló la muchedum -- bre engreída con sus riquezas, y las malas costumbres, y el espí -- ritu de rapiña, y todos los vicios siguieron reinando en medio -- de la muerte y desolación. Ah! Qué habría sido de nuestra ciudad -- si nuestra Reina no hubiera estado en vela constante intercedien -- do por nosotros!

Con otro enemigo, igualmente formidable, nos ha protegido de -- una manera especial: contra el monstruo de la Discordia. Quién -- me diera el pincel de Homero para pintároslo con todos los horro -- res! El Rey de Portugal, Juan IV, de apellido de su dinastía el --

esto de ser coronado, y la puso sobre la cabeza de la Virgen, a -- quien declaró soberana..... la Discordia, -- Del homicida Marte compañera -- Y hermana; la Discordia, que al principio -- Es de corta estatura, pero luego -- Creciendo lentamente, la cabeza -- En los cielos afirma, y con su planta -- Huella la tierra y en furor insano -- Nunca se sacia de dañar.

Contra este monstruo, tan destructor aquí como en los campos -- de Troya, nos ha defendido sin cesar la Virgen Santísima. A la -- generación actual, cuya cuna no han mecido ya como la nuestra, -- los vaivenes de la guerra civil; que está acostumbrada a la paz, -- y a la estabilidad de los gobiernos, tanto en el Centro como en -- los Estados, no causará maravilla la historia del nuestro a los -- principios de la independencia. Pero a los que vimos y sentimos -- los horrores de las luchas fratricidas, el continuo cambio de go -- bernantes, las terribles venganzas de los vencedores; a nosotros, -- sí, a pesar de haber pasado tantos años, no dejará nunca de cau -- sarnos admiración el primer gobernador (1) de Guanajuato indepen -- diente, durando en el poder siete años consecutivos, declarando -- su territorio neutral e impidiendo que sobre él se derramara una -- gota de sangre, afianzando la paz cuando la guerra ardía en de -- rredor, y haciendo florecer la Religión, las ciencias, las le -- tras, la minería, la industria. Su ejemplo fué seguido por los -- gobernantes de todas las opiniones y todos los partidos. Ciudades -- de refugio fueron las nuestras, como las que mandó Dios constru -- irse en el antiguo Israel, y la moderación y la fraternidad fue -- ron siempre los distintivos de nuestros coterráneos.

(1) Don Carlos Montes de Oca.